

*Especialmente invitado a la Asamblea 64 en octubre de 2008, en Madrid, concurrió el intelectual peruano **Mario Vargas Llosa**, ofreciendo una magistral disertación bajo el título de “La civilización del espectáculo”, tema que luego profundizaría para publicar un libro. El célebre escritor obtuvo el año 2010 el Premio Nobel de Literatura. Fue galardonado por la SIP en 2011 con el Gran Premio Chapultepec a la Libertad de Prensa.*

Mario Vargas Llosa

Me siento muy honrado por esta invitación para dirigirles unas palabras, sobre todo porque proviene de una institución como la Sociedad Interamericana de Prensa que de una manera indismutable desde su fundación lucha por la libertad de expresión.

La civilización del espectáculo es la definición de la civilización de nuestro tiempo, en un mundo en el que el primer lugar en la tabla de valores vigente lo ocupa el entretenimiento, donde paliar el aburrimiento es la pasión universal. Este ideal de vida es perfectamente legítimo. Sólo un puritano fanático podría reprochar a los miembros de una sociedad que quieran tener solaz, esparcimiento, humor y diversión a unas vidas encuadradas en general en rutinas deprimentes. Pero convertir esa natural propensión a pasarlo bien en un valor supremo tiene como consecuencia la banalización de la cultura.

¿Qué ha hecho que el Occidente haya ido deslizándose hacia la civilización del espectáculo? Al desgaste de largos años de privaciones de la Segunda Guerra Mundial le siguió en las sociedades democráticas de Europa y América del Norte, un período donde las clases medias crecieron como la espuma, se intensificó la movilidad social y se produjo al mismo tiempo una notable apertura de los parámetros morales, empezando por la vida sexual, tradicionalmente frenada por las iglesias.

Este bienestar, la libertad de costumbres y el espacio creciente ocupado por el ocio en el mundo desarrollado constituyó un estímulo notable para que proliferaran como nunca antes las industrias del entretenimiento. De este modo, sistemático y a la vez insensible, no aburrirse, evitar lo que perturba, preocupa y angustia, pasó a ser para sectores sociales cada vez más amplios de la cúspide y base de la pirámide social un mandato generacional, eso que Ortega y Gasset llamaba el espíritu sabroso, regalón y frívolo al que todos, sabiéndolo o no, rendimos pleitesía.

Otro factor no menos importante para la forja de la civilización del espectáculo ha sido la democratización de la cultura un fenómeno altamente positivo: la cultura no podía seguir siendo el patrimonio de unos pocos, sino estar al alcance de todos mediante la educación, pero también la promoción de las artes, las letras y todas las manifestaciones culturales.

Esta loable filosofía ha tenido en muchos casos el indeseable efecto de la trivialización de la vida cultural, donde ciertos contenidos de los productos culturales se

justificaban en razón del propósito cínico: la cantidad a expensas de la calidad. Este criterio, proclive a demagogias en el dominio político, en el ámbito cultural ha causado reverberaciones imprevistas, entre ellas la desaparición de la alta cultura, obligatoriamente minoritaria por la complejidad y a veces hermetismo de sus claves y códigos, y la masificación de la idea misma de cultura.

No es casual que la crítica haya poco menos que desaparecido en nuestros medios de hoy y que se haya refugiado en esos conventos de clausura que son las facultades de humanidades y en especial los departamentos de filología.

La crítica en épocas de nuestros abuelos y bisabuelos desempeñaba un papel central en el mundo de la cultura, porque asesoraba a los ciudadanos en la difícil tarea de juzgar lo que oían, veían y querían. Hoy es una especie en extinción a la que nadie hace caso, salvo cuando se convierte también en diversión y en espectáculo. En la civilización del espectáculo el cómico es el rey.

La literatura *light*, como el cine *light* y el arte *light*, da la impresión cómoda al lector y al espectador de ser culto, revolucionario, moderno y de estar a la vanguardia con el mínimo esfuerzo. Esa cultura que se pretende avanzada, en verdad propaga el conformismo.

Las estrellas de la televisión ejercen una influencia sobre las costumbres. El vacío dejado por la desaparición de la crítica ha permitido que insensiblemente lo haya llenado la publicidad, constituyéndose en nuestros días no sólo en parte constitutiva de la vida cultural, sino en su factor determinante. La publicidad ejerce una influencia decisiva en los gustos, la sensibilidad, la imaginación y las costumbres. De este modo la función que antes tenían en este campo los sistemas filosóficos, las creencias religiosas, las psicologías y doctrinas, y aquellos mentores que en Francia se conocían como los mandarines de una época, hoy la cumplen los anónimos creativos de publicidad.

El intelectual asiste al eclipse de un personaje que desde hace siglos y hasta hace relativamente pocos años había jugado un papel importante en la vida de las naciones. La denominación de intelectual sólo nace durante el caso Dreyfus en Francia y las polémicas que desató Emile Zola con su célebre "Yo acuso", escrito en defensa de un judío falsamente acusado de traición a la patria por una conjura.

Aunque el término intelectual sólo se popularizara a partir de entonces, la participación de este pensamiento y creación pública en los debates políticos de ideas se remonta a los albores mismos de Occidente.

En nuestros días el intelectual se ha esfumado de los debates públicos. Es verdad que todavía firman manifiestos, envían cartas a los diarios y se ensalzan en polémicas. Pero nada de ello tiene seria repercusión en la sociedad, cuyos asuntos económicos, institucionales, e incluso culturales, se deciden por los poderes fácticos, desde los cuales los intelectuales solo brillan por su ausencia.

La razón que debe considerarse es el descrédito de varias generaciones de intelectuales que cayeron por sus simpatías con los autoritarismos (nazi, soviético y maoísta) frente a horrores como el Holocausto y el Gula y las carnicerías de la Revolución Cultural.

Es desconcertante y abrumador que tantos casos de quienes parecían las mentes privilegiadas de su tiempo hicieran causa común con regímenes que cometían horribles atropellos contra los derechos humanos. Es una de las razones para la pérdida total del interés de la sociedad en su conjunto por los intelectuales.

Hoy reina la primacía de las imágenes sobre las ideas. Los medios audiovisuales, el cine, la televisión y ahora internet, han ido dejando rezagados a los libros. Esa marginación tal vez tenga un efecto depurador que aniquile toda la literatura del *best seller*, injustamente llamada basura, no sólo por la superficialidad de sus historias sino por su carácter efímero, hecho para ser arte de entretenimiento dedicado al gran público.

Hay una cultura que propicia el menor esfuerzo. No preocuparse ni angustiarse ni en última instancia pensar. Imagina abandonarse en actitud pasiva.

En cuanto a las artes plásticas, ellas se adelantaron a todas las otras expresiones de la vida cultural en sentar las bases de la cultura del espectáculo, estableciendo que el arte podía ser juego y diversión, y nada más. Revolucionó los patrones artísticos del Occidente estableciendo que un excusado era también una obra de arte si así lo decidía el artista. Todo fue posible en el ámbito de la pintura y escultura.

Davis Hirst sea hoy reverenciado no como el extraordinario vendedor de embaucos que es, sino como uno de los grandes artistas de nuestro tiempo. Tal vez lo sea, pero eso no habla bien de él, sino muy mal de nuestro tiempo. Un tiempo donde el juego y la bravata, el gesto provocador y despojado de sentido pasan a veces por la complicidad de las mafias que controlan el mercado del arte y los críticos cómplices o papanatas a coronar falsas obras y otorgar el estatuto de artista a ilusionistas.

En nuestros días en que lo que se espera de nuestros artistas no es el talento ni la destreza sino la bravata y el desplante, sus advenimientos no son más que las máscaras de un arte revolucionario que se ha vuelto moda, pasatiempo, juego, un ácido sutil que desnaturaliza. En las artes plásticas la frivolidad ha llegado a extremos aberrantes. La desaparición de mínimos consensos sobre los valores estéticos hacen que en ese ámbito reine la confusión y reinará por mucho tiempo, pues ya no es posible discernir con una cierta seguridad que es tener talento o carecer de él, que es bello y que es feo, que obra representa algo nuevo y durable y cual no es más que un fuego fatuo. Esa confusión ha convertido el mundo de las artes plásticas en un carnaval donde genuinos creadores y vivillos y embusteros andan revueltos y es a menudo muy difícil diferenciarlos.

En la civilización del espectáculo, la política ha experimentado una banalización acaso más probada que en la literatura, el cine y las artes. Lo que significa que en ella la publicidad y los esloganes, lugares comunes, frivolidades y tics, ocupan casi enteramente el quehacer que antes estaba reservado a razones, programas, ideas.

Un político de nuestros días si quiere conservar su popularidad está obligado a dar una atención primordial al gesto. Nada hay que importe más que el color de sus canas, las arrugas, así como el atuendo valen tanto como explicar lo que el político se propone hacer.

La entrada de la modelo y cantante Carla Bruni al Palacio del Eliseo como madame Sarkozy y el fuego de artificio mediático que trajo consigo, muestra como ni siquiera Francia, el país que se preciaba de mantener viva la vieja tradición de la política como quehacer intelectual, de cotejo de doctrinas e ideas, ha podido resistir y ha sucumbido también a la afrenta.

El diccionario llama frívolo a lo ligero, veleidoso e insustancial. Pero en nuestra época ha dado a esa manera de ser una connotación más concreta. La frivolidad consiste en tener una tabla de valores invertida o desequilibrada, en la que la forma importa más que el contenido, la urgencia más que la esencia. En una novela que yo admiro, una señora da una bofetada a su hijo, para que llore por la partida de su padre a Jerusalén. Todos los lectores nos reímos divertidos con ese disparate. Como si las lágrimas que le arranque esa bofetada a esa pobre criatura pudieran ser confundidas con el sentimiento de tristeza. Pero ni esa dama ni los personajes que contemplan aquella escena se ríen. Es la pura forma. No hay otra manera en ese mundo de estar triste que llorando, derramando vivas sales. Es la forma la que cuenta. Eso es la frivolidad. Una manera de entender el mundo, la vida, según la cual todo es apariencia.

La revolución zapatista del subcomandante Marcos, en Chiapas, una revolución que Carlos Fuentes llamó la primera revolución postmoderna, apelativo solo aceptable en su acepción de mera representación sin contenido. Octavio Paz señaló con exactitud el carácter efímero sin pudores de los políticos contemporáneos. Los espectadores no tienen memoria, por eso tampoco tienen remordimiento. Viven prendidos a la novedad, no importa cuál sea con tal de que sea nueva. Olvidan pronto y pasan sin pestañear de unas escenas a otras de esta positiva emancipación sexual ha sido también la banalización del acto sexual que para muchos, sobre todo en las nuevas generaciones, se ha convertido en un quehacer compartido que le da más importancia al sexo puramente instintivo y animal, el sexo sin amor. Tal vez sea sana en materia de equilibrio psicológico y emocional. Quizás responda a una necesidad biológica, pero no enriquece la vida del entrevero carnal. En vez de liberar al hombre y a la mujer de la soledad, pasado el acto perentorio y fugaz del amor físico se vuelve a ella con una inevitable sensación de frustración. Es la frivolización del sexo.

¿Cómo ha influido el periodismo en la civilización del espectáculo? De entrada,

digamos que la frontera que tradicionalmente separaba al periodismo serio del escandaloso ha ido llenándose de agujeros, llegando en algunos casos a evaporarse. Una de las consecuencias de convertir al entretenimiento en el valor dominante va produciendo también un trastorno en la información.

Las noticias pasan a ser importantes o secundarias, sobre todo y a veces exclusivamente, no tanto por su significación económica, política, cultural o social, como por su carácter novedoso. Vaya desafío el del periodismo de nuestros días si quiere enfrentarse al mandato cultural imperante que busca entretener y evitar la gravedad. Esta sutil dispersión de sus objetivos tradicionales la convierten también en una prensa *light*, ligera, amena. Los casos más notables de conquista de grandes públicos por órganos de prensa no son por parte de las publicaciones serias, las que buscan el rigor, la verdad y la objetividad en la descripción de la actualidad, sino las llamadas revistas del corazón, las únicas que desmienten con sus ediciones millonarias el axioma según el cual en nuestra época el periodismo de papel se está achicando. Esto sólo vale para la prensa que todavía trata, remando contra la corriente, de informar antes que entretener y divertir al lector.

Fenómenos como el de *Hola*, esa revista que ahora no solo se publica en español sino en cuatro o cinco idiomas, es ávidamente leída, acaso sería más exacto decir hojeada, por millones de lectores en el mundo entero.

Está demostrado que la pasan muy bien con las noticias sobre cómo se casan, descasan, visten, desvisten, se pelean, se avistan y dispensan sus millones, sus caprichos y sus gustos, mal gustos, los ricos, triunfadores y famosos de este valle de lágrimas.

Vivía en Londres cuando apareció la versión inglesa de *Hola: Hello*. He visto con mis propios ojos la vertiginosa rapidez con que aquella criatura periodística española conquistó a la tierra de Shakespeare. Por eso no es exagerado decir que *Hola* y congéneres son los productos periodísticos más genuinos de la civilización del espectáculo.

Este es un deporte que el periodismo de nuestros días practica sin escrúpulos amparado en el derecho a la libertad de información. Y aunque existen leyes al respecto, y algunas veces, hay procesos y sentencias jurídicas, se trata de una rara costumbre cada vez más generalizada que ha conseguido de hecho que en nuestra época la privacidad desaparezca de cualquiera escena pública. Los órganos de prensa ayudan así a consolidar esa civilización *light*.

En un artículo reciente en *El País*, “No hay piedad para Ingrid ni Clara”, Tomás Eloy Martínez se indignaba con el acoso a que han sometido, los periodistas practicantes del amarillismo, a Ingrid Betancourt y Clara Rojas al ser liberadas luego de seis años en la selva colombiana secuestradas por las Farc, con preguntas tan crueles y estúpidas como si las habían violado, si habían visto violar a otras cautivas o, esto a

Clara Rojas, si había tratado de ahogar en un río al hijo que tuvo con un guerrillero, esforzándose por convertir a las víctimas en piezas de un espectáculo que se presenta como información necesaria, pero cuya única función es la curiosidad perversa. Esta es justa, desde luego. Su error es suponer que la curiosidad puede llegar al escándalo. Esa curiosidad carcome a esas vastas mayorías.

Otra materia que entretiene mucho a la gente es la catástrofe. Desde los terremotos y maremotos hasta los crímenes en serie, pueden evitar que en sus páginas se vaya saciando ese apetito de entretenimiento.

Desde luego que toda generalización es falaz, y que no se puede meter en el mismo saco a todos por igual. Por supuesto que hay diferencias, y que algunos órganos de prensa tratan de resistir la presión del medio en el que operan sin renunciar a los viejos paradigmas de seriedad, objetividad, rigor y fidelidad a la verdad, aunque ello sea aburrido.

Pero la crisis de verdad es que ningún diario, revista y programa informativo de hoy puede mantener un público fiel sin adhesión absoluta a los rasgos distintivos predominantes de la sociedad del espectáculo.

Los grandes órganos de prensa no son meras veletas que deciden su línea editorial, su conducta moral, sus creaciones informativas. Su misión también es orientar, asesorar, educar, dilucidar lo que es cierto o falso, justo o injusto, bello y execrable en el vertiginoso vórtice de la actualidad. Para que esta función sea posible es preciso un órgano de prensa que no comulgue en el altar del espectáculo, y hoy corre el riesgo de perderlo todo.

Mi conclusión es pesimista. No está en poder del periodismo por sí sólo cambiar la civilización del espectáculo. La realidad enraizada en nuestro tiempo, la falta de nacimiento de las nuevas generaciones, una manera de ser, de vivir. Los afortunados ciudadanos de estos países que ansían la libertad, las ideas, los valores, los libros, el arte y la literatura de Occidente. Que el derecho de contemplar con cinismo y desdén a todo lo que aburra nos devuelvan el optimismo.-